

margen N° 121 - junio de 2026

El fetiche del Neoliberalismo y la gestión del malestar

Por Valentín Vito Pascolatti Etkin

Valentín Vito Pascolatti Etkin. Estudiante avanzado de Licenciatura en Trabajo Social, Facultad Ciencias de la Salud y Trabajo Social, Universidad Nacional de Mar del Plata (FCSyTS-UNMDP). Estudiante adscrito de las materias “Introducción a la Sociología” y “Sociología Urbana y Rural” de la carrera de Trabajo Social en la Universidad Nacional de Mar del Plata. Participante del “Grupo de Investigación Fundamentos, Formación y Trabajo”, Argentina.

Que un individuo depresivo se lamente de que nada es posible solo puede suceder en una sociedad que cree que nada es imposible
Byung-Chul Han, 2024

Introducción

La formación profesional del Trabajo Social se encuentra atravesada por una saturación discursiva en torno al concepto “neoliberalismo”, el que lejos de cumplir una función analítica rigurosa, opera hoy como un significativo vacío, una etiqueta maleable que aglutina descontentos y señala a un enemigo externo para ocultar las lógicas iatrogénicas de control que se reproducen desde la profesión. Esta suele quedar atrapada en un *sentimentalismo filisteo* (Marx y Engels, 2023).

Dicha concepción refiere al momento en que los sentimientos se apoderan de las personas en cuanto se les presenta un fenómeno social (manifestaciones, cortes de calle, huelgas, personas en situación de calle, etc.) y nublan su juicio objetivo¹, de manera tal que no es posible ver lo que hay detrás de los hechos materiales. Aquí suele ser cuando la indignación moral —y sentimental— avasalla al análisis estructural, convirtiendo la manera de ver el mundo en lo que Marx y Engels (2023) denominaron *socialismo burgués*. Esta segunda idea es entendida como todas aquellas reformas o acciones que, bajo una apariencia de preocupación social, buscan —directa o indirectamente— estabilizar el orden capitalista mediante la implementación de mejoras materiales y administrativas que no cuestionan o intentan cambiar la propiedad privada de los medios de producción. Esta postura sostiene que el bienestar de la clase trabajadora puede alcanzarse a través de una gestión administrativa más eficiente por parte del Estado, evitando así la necesidad de una ruptura con el sistema *económico-político* vigente. Al enfocarse exclusivamente en optimizar el andamiaje económico y burocrático, esta doctrina preserva intacta la relación de subordinación entre el capital y el trabajo asalariado, puesto que entiende que los conflictos sociales se resuelven con ajustes técnicos; se busca la justicia social, pero no la socialización de los medios de producción.

¹ La objetividad en una profesión como el Trabajo Social y en el campo de las ciencias sociales responde a una perspectiva positivista, por ende, las aproximaciones a los fenómenos tienden a estar asociadas a esta posición.

Tales conceptos operan dentro del Trabajo Social de manera no observable a primera vista. Se suele creer que se está interviniendo de manera emancipadora cuando en realidad se refuerzan los mecanismos de explotación y opresión dentro del sistema capitalista.

El presente artículo se propone desentrañar esta trama mediante un recorrido crítico por diversas referencias teóricas. En primera instancia, se retomará a David Harvey (2021) para comprender la ontología del neoliberalismo como una maquinaria que prioriza el clima empresarial sobre el bienestar social. En segundo término, con los aportes de Byung-Chul Han (2024) se analizará cómo afecta esto a la formación profesional, teniendo en cuenta a la *vita contemplativa* como una posible respuesta y solución parcial. En tercera instancia, con los aportes de Althusser (1974) se desarrollará el abordaje teórico dentro de la universidad, teniendo en cuenta además la perspectiva de Mark Fisher (2016) desde su interpretación de la *interpasividad* de Robert Pfaller. Posteriormente se abordará el fenómeno de la precorporación, en la que la disidencia parece incluso estar modelada preventivamente por los intereses del capital. En un cuarto momento se profundizará acerca de la dimensión subjetiva de la praxis que propone la obra de Jacques Lacan a través del análisis de Slavoj Žižek (2003, 2008).

El presente artículo pretende cuestionar la *armadura fálica* del profesional y propondrá que algunos de los accionares profesionales desde el Trabajo Social no busquen resolución de los conflictos a largo plazo sino el objeto *a*, esto es la causa del deseo, lo que moviliza a las personas a desear, “el rasgo por el que deseamos un objeto; un detalle o un tic del que generalmente no somos conscientes” (Žižek, 2008:76); un bienestar espectral que debe permanecer inalcanzable para garantizar la supervivencia de la propia institución y profesión.

Finalmente, bajo la lente de la *microfísica* de Michel Foucault (2002), se intentará afirmar que este entramado no es una imposición sino más bien una estrategia que funciona de manera reticular, no jerárquica ni centralizada. Al retomar la *arbitrariedad del signo* planteada por de Saussure (1987), se concluirá que el vaciamiento del significante neoliberalismo obtura la comprensión estructural del fenómeno. El objetivo principal es, por tanto, confrontar la iatrogenia de una profesión que a menudo no resuelve las problemáticas de fondo sino que las administra para que el orden vigente siga respirando, transformando el abismo del deseo en un mero trámite administrativo.

NEoliberalismo y vida contemplativa

Para iniciar este análisis resulta imperativo retomar la tesis de Harvey (2021:31) sobre la ontología del neoliberalismo. Este no debe entenderse meramente como una doctrina económica, sino como el artífice de

un buen clima empresarial y, por lo tanto, optimiza las condiciones para la acumulación del capital sin importar las consecuencias para el empleo o el bienestar social(...) El Estado neoliberal se esfuerza particularmente en la privatización de los activos como un medio para abrir nuevos campos para la acumulación del capital.

Bajo este paradigma, el tejido humano es degradado a la categoría de *capital humano*: un activo que debe autogestionarse, cuya validez es puramente contingente al ser tratado como un recurso obsoleto y desechable. Su trascendencia queda supeditada a una racionalidad eficientista y a la producción de un valor cuya relevancia depende de su funcionalidad dentro de la maquinaria de

acumulación, docilidad política y disciplina foucaultiana (el control de los cuerpos). Cabe mencionar que esta categoría ha sido abordada por Boga (2019 y 2021) de manera crítica en el marco del debate dentro de las políticas sociales. En esos trabajos se argumenta a favor de entenderla como una tecnología de control sobre los sectores más pobres a través de la capacitación y la formación. Las condicionalidades de las políticas sociales intervienen en la fase más sencilla, que es la individual, y se desentienden del aspecto estructural que representa el mercado de trabajo. Al mismo tiempo y tal como sostiene la escuela neoclásica, se discute la correlación espuria que existe entre capacitación y formación, por un lado, y remuneración y empleabilidad por otro. El carácter espurio de esta correlación se explica a partir de la creciente devaluación de las credenciales educativas.

Uno de los pilares que sostiene la estructura autogestiva es la meritocracia, utilizada por las narrativas neoliberales como una herramienta de legitimación política y captación de subjetividades, resultando en apoyo político por parte del *capital humano*. Al respecto, Harvey (2021:34) explica que el éxito o el fracaso de los individuos se despoja de su raíz social para transformarse en una responsabilidad puramente singular mencionando que

El Estado neoliberal enfatiza la importancia de la libertad y la responsabilidad personal e individual, particularmente en el mercado, de modo que el éxito o fracaso social se interpreta en términos de virtudes o fallos personales, en lugar de atribuirse a propiedades sistémicas (como las exclusiones de clase típicas del capitalismo).

Como se puede leer, no se piensa en una estructura social, económica o política que limite o afecte la capacidad de agenciamiento de los individuos: se rechaza al estructuralismo para proponer una doctrina del libre desenvolvimiento del ser sin fronteras. Desde el Trabajo Social resulta de enorme importancia tratar de comprender el impacto del clima empresarial fuertemente individualista² en la población para poder intentar transformarlo, o idear tácticas paliativas como contramedida a la disciplina neoliberal.

En el ámbito del sistema educativo, se observa que el concepto de neoliberalismo opera frecuentemente bajo la lógica de un significativo vacío. En lugar de abordarse como una categoría analítica con su respectiva densidad teórica, su presencia en el discurso suele reducirse a una construcción antagónica: un Otro amenazante que delimita el horizonte de lo posible. Esta configuración prioriza la identificación de una amenaza externa por sobre la comprensión estructural del fenómeno, lo que obtura la posibilidad de que los actores educativos desarticulen teóricamente los dispositivos de poder que atraviesan la formación del neoliberalismo.

Como bien es sabido, el sistema educativo universitario premia a *la-teoría* por sobre todas las cosas, se valorizan con mayor importancia las explicaciones totalizantes de la realidad que mejor encajen en un análisis descriptivo de la práctica material: un discurso lo suficientemente aceptado para establecerse como una verdad. Nótese aquí —y no es casualidad— que se ha utilizado la palabra “descriptivo” en el sentido crítico que propone Louis Althusser (1974). Para el pensador francés, la formulación de teorías en las ciencias sociales debe contar con dos etapas esenciales: la primera de ellas denominada *teoría descriptiva* y la segunda referida a una *etapa de contradicción* superando la mera descripción. En la formación profesional de Trabajo social no se ha superado -ni siquiera ha empezado- dicha etapa descriptiva; no se explica qué es el liberalismo desde Friedrich

² Es importante recordar que, para una de las máximas exponentes de esta doctrina, Margaret Thatcher, en Harvey (2021:22) “no existe algo que se pueda llamar sociedad, sólo individuos(...) y sus familias”.

Hayek o desde los aportes de Milton Friedman, entre otros. Se dice que el enemigo ‘es terrible’ y ‘viene a por nuestros derechos’, pero no se incita a conocer a éste desde las fuentes primarias. ¿Cómo se puede criticar una postura que no se conoce desde las palabras de los autores originales? ¿Cómo es posible atreverse a hablar de algo que no se ha leído, debatido o intercambiado en las clases, desde los artífices de esas ideas? Pareciera que el síndrome del impostor ha evolucionado y ha dejado de ser únicamente un síndrome, se ha convertido en real, la ficción se ha apoderado de la realidad, que dicho sea de paso, la estructura.

Esto desafía a replantear qué significa ser crítico, palabra utilizada en exceso en el ámbito académico. Etimológicamente, según Vallejo Mejía y Sánchez Fernández en Hiram (2018:55)

...la palabra viene del griego *Kriticós*, que juzga; así como el criticismo, del griego *Krino*, significa *examinar*. La respetable Enciclopedia Británica define así la crítica: <La técnica que juzga las cualidades y valores de un objeto artístico, tanto en materia de literatura como de bellas artes> Pero el término «crítica» en sus orígenes griegos respondía a la misma raíz que crisis, puesto que, como señala Koselleck «Crisis en primer lugar significa escisión y pugna». Los orígenes comunes del término «crisis» y su relación directa con el de crítica configuran la historia conceptual de su desarrollo.

La noción lleva inherente la demanda de conocimiento del objeto que se va a criticar, de establecer relaciones, diferencias con otros marcos teóricos, de apertura de preguntas reflexivas. En la actualidad, lo que puede detectarse son profundas convicciones. En la praxis académica actual hay un desplazamiento de esta labor analítica, siendo reemplazada por una labor ideológica: se sostienen profundas convicciones sin haber agotado la etapa descriptiva del fenómeno. Al omitir el examen de las cualidades y valores del objeto, la crítica se vacía de su potencia transformadora, convirtiéndose en una etiqueta identitaria que renuncia a establecer relaciones y preguntas reflexivas sobre la materialidad que pretende impugnar. Resulta relevante trabajar este punto.

El pensamiento crítico demanda un examen del objeto que se pretende criticar, lo cual supone una posición de lectura que, sin pretender la neutralidad valorativa con la que soñaban los positivistas como Comte o Durkheim, sea capaz de examinar los elementos que lo constituyen. Las tendencias dentro de la construcción de un objeto indudablemente definen una mirada ideológica. Este debate ya ha sido superado en las ciencias sociales: la ideología es inherente al proceso de producción de conocimiento. Pero la clave es el rigor científico con el que se tratan esos objetos. Sobre el tema que convoca, resulta ejemplificadora la propuesta que lleva adelante Atilio Borón (2019) en su análisis de la obra de Vargas Llosa. Este trabajo plantea una mirada crítica de las fuentes teóricas que articulan el pensamiento del escritor peruano. Sin embargo, se lleva adelante un trabajo sistemático y riguroso sobre otras fuentes, como Adam Smith, Ortega y Gasset, Hayek, Popper, Aron, Berlín y Revel. El movimiento teórico es claro: establecer las ideas, argumentar con las fuentes primarias (esto es: los libros de esos autores) y sólo entonces —y luego de ese procedimiento— sentar un posicionamiento; porque como señala el autor, para ser fecunda la crítica debe trabajar las ideas, no arremeter contra el hombre.

La *interpasividad* de Robert Pfaller, explicitada por Mark Fisher (2016), está más presente que nunca en el ámbito educativo: en ocasiones se habla por los estudiantes (como una especie de paternalismo intelectual), no se les invita a conocer la realidad desde su propia óptica primaria, se les adentra en un espiral eterno de fuentes secundarias. Pero esta temática no es nueva, de hecho,

con sus *Aparatos Ideológicos del Estado*³, Althusser (1974) lo advirtió claramente:

Ahora bien, repito aquí una tesis que ya he anticipado: no son sus condiciones reales de existencia, su mundo real, lo que los “hombres” “se representan” en la ideología sino que lo representado es ante todo la relación que existe entre ellos y las condiciones de existencia. Tal relación es el punto central de toda representación ideológica y por lo tanto imaginaria del mundo real.

En la formación profesional se podría percibir a las fuentes secundarias como la herramienta pedagógica para la construcción de esa relación entre el estudiantado y el mundo exterior. La crítica a los reproductores de las ideas, sin tratar primero de detectar las falencias de éstas, reproduce de algún modo un tipo de educación iatrogénica fetichizada, perjudicando los ideales morales y éticos que apunta a materializar el Trabajo Social. Paradójicamente, se estará siendo liberal en la práctica: se individualiza y responsabiliza a los actores sociales políticos por sus actos, sin tratar de dilucidar por qué piensan como piensan, dicen lo que dicen, hacen lo que hacen.

Si se sostiene que desde el campo del Trabajo Social la universidad es corresponsable de este fetichismo, el compromiso ético-político de todos los actores de la profesión exige desentrañar sus causas. Una posible hipótesis, formulada a partir de la lectura de Byung-Chul Han (2024), sugiere que tanto docentes como estudiantes se encuentran plenamente subsumidos en la sociedad del rendimiento. En la práctica, encarnan aquello que su horizonte profesional pretende interpelar: ser sujetos del rendimiento. Esta lógica se manifiesta cuando un docente se siente forzado a dar respuesta a cualquier interrogante filosófico⁴ que tengan los estudiantes, sosteniendo una omnipotencia discursiva incluso ante el vacío de conocimiento. El hecho de que la respuesta “no lo sé” sea sistemáticamente eludida no responde a una falta de honestidad individual sino a una consecuencia de la hiperactividad universitaria, dentro de lo que el surcoreano categoriza como *vita activa*, donde el silencio o la duda son percibidos como una interrupción intolerable del flujo productivo. Tal como afirma el autor

Por falta de tranquilidad, nuestra civilización está cayendo en una nueva barbarie. En ninguna otra época gozaron de mayor predicamento los hombres activos, es decir, los inquietos. Por eso, una de las correcciones que es imperioso hacerle al carácter humano es reforzar mucho el elemento contemplativo” (Byung-Chul Han, 2024:38).

También, en la *vita activa* la “fe que obra milagros es la acción heroica, a la que las personas están obligadas por el hecho de haber nacido. De este modo, la acción adquiere una dimensión casi religiosa” (Byung-Chul Han, 2024:40). El no saber algo es contemplado como inacción, estar estancado en un lugar poco tolerable —o importante— para el sistema educativo.

En contraposición a esto, surge la *vita contemplativa*, la cual es definida por el surcoreano como una disposición ontológica en la que el sujeto se sitúa frente al mundo pero no para intervenir sino para dejarse afectar por él. En esta experiencia, la belleza y la perfección se manifiestan como realidades que exceden la acción humana, permaneciendo ajenas a cualquier lógica de utilidad o manejo. El afecto primordial de este estado es el *asombro*, un sentimiento que permite reconocer la

³ La universidad puede ser considerada como uno, dado que es parte del tejido del sistema educativo.

⁴ Se ha optado por referir específicamente a estos debido a que el neoliberalismo es una doctrina de tipo económico-filosófica. No obstante, también es posible pensar en todo tipo de interrogantes en general.

esencia de lo real por encima de los procesos productivos; se vuelve indispensable para percibir aquello que es evanescente, sutil o fugaz. Estos matices de la realidad solo se revelan ante una atención profunda y demorada, una temporalidad que la *hiperactividad* —propia de la sociedad del rendimiento— es incapaz de aprehender, pues esta última anula los estados de duración y la estabilidad de las formas. En última instancia, el *estado contemplativo* implica un movimiento de descentramiento: el sujeto sale de las fronteras de su propio yo y de su voluntad de dominio para sumergirse plenamente en la alteridad de las cosas. Es, en esencia, la recuperación de una escucha y una mirada que permiten que el mundo se manifieste en su propia temporalidad y sentido. Es de carácter urgente que dentro de la formación profesional del Trabajo Social sean replanteadas las prácticas hiperactivas impuestas a los estudiantes.

En este artículo se propone una vuelta a la mayéutica⁵, en contraposición a la retórica del discurso por parte de los docentes. Es indudable que se debe aprender a convivir con la incomodidad de la duda y la falta de certezas.

La trampa de la precorporación

Esas lógicas de mercado y rendimiento no solo colonizan el trabajo sino que fagocitan la propia capacidad de disidencia. Al analizar la política actual, es ineludible citar a Fisher (2016:31):

Ahora estamos frente a otro proceso que ya no tiene que ver con la incorporación de materiales que previamente parecían tener potencial subversivo, sino con su precorporación, a través del modelado preventivo de los deseos, las aspiraciones y las esperanzas por parte de la cultura capitalista.(...) "Alternativo", "independiente" y otros conceptos similares no designan nada externo a la cultura mainstream; más bien, se trata de estilos, y de hecho de estilos dominantes, al interior del mainstream.

En ese escenario, el accionar suele quedar reducido a lo que Marx y Engels (2023) identificaron como *socialismo burgués*: se concede —e incluso se incita— a una indignación superficial. Se permite el gesto simbólico de la rabia contra el sistema siempre que dicha catarsis no erosione la lógica del consumo, la estabilidad del mercado ni la sacrosanta propiedad privada de los medios de producción⁶. Esta dinámica desemboca en un *sentimentalismo filisteo* (Marx y Engels, 2023): una ética cosmética de la compasión que lamenta la pobreza mientras protege con vigor los mecanismos de explotación que la producen, esto es algo identificable en el Trabajo Social, tanto por su raigambre histórica como por sus orientaciones. Desde la clínica lacaniana, las personas están bajo el imperativo del goce, no son libres. Son constantemente azotadas por el mandato de consumir y disfrutar, lo que conduce inevitablemente a una dependencia del deseo, se transforman en lo que Žižek (2008:76) denomina "melancólicos" —capitalistas—:

⁵ La mayéutica es entendida como el acceso al conocimiento, de manera dialéctica, por medio de la pregunta como herramienta o disparador para que el sujeto destinatario logre exteriorizar, articular y dar forma a un conocimiento latente.

⁶ El caso de Bad Bunny en el SuperBowl es un ejemplo claro de esta dualidad. Durante su presentación, el artista lanzó mensajes contra el gobierno de Trump y las prácticas violentas de ICE; no obstante, esto no impidió que el evento rompiera récords comerciales; con 135.4 millones de visitas, el show no solo fue el más visto de la historia sino que mantuvo el apoyo de patrocinadores globales, probando que el mensaje subversivo también puede ser un éxito masivo bajo el sello de una gran disquera y magnates capitalistas.

...el melancólico no es el sujeto fijado al objeto perdido, incapaz de realizar el trabajo del duelo; el melancólico es más bien el sujeto que posee el objeto pero que ha perdido su deseo por él, porque la causa que hacía que lo deseara se ha retirado o a perdido su eficacia.

Esta crisis del objeto *a* no es un accidente sino un efecto estructural.

En base a lo propuesto hasta ahora es posible sostener que el modelo neoliberal clausura el horizonte de lo posible, invalidando alternativas viables a partir de dejar al sujeto en un vacío existencial saturado de mercancías vacías.

El trabajo social y el objeto *a*

En el campo profesional es recurrente escuchar que los obstáculos a la praxis radican en un enemigo, un tercero parcial, es decir un elemento o sujeto ajeno a las personas que desarrollan el oficio que atenta contra sus intereses. No obstante, para que dicha alteridad sea decodificada como una amenaza debe preexistir un deseo por realizar: un mandato del Gran Otro que estructure nuestro quehacer. De este modo, el trabajador social —investido de una armadura simbólica de carácter fálico— se erige como el emisario de ese orden, encargado de obturar las carencias materiales mediante la gestión profesional de los recursos disponibles. El punto del falo radica en cuanto el trabajador social ingresa al territorio en el que ocurre la intervención: por más poder que le brinde la institución, nunca será una persona nativa, sólo será uno de los tantos profesionales de paso que el usuario recibirá de manera obligada.

Esta armadura fálica funciona como una protección simbólica que engaña (al trabajador social, a la institución y al usuario), pero es precisamente allí donde reside el punto central, tal como plantea Žižek (2008:42):

A esta paradoja está dirigido el *Les non-dupes errent* de Lacan (los desengañados se engañan): quienes no se dejan engañar por la ficción simbólica y continúan creyendo en sus propios ojos son los que más se equivocan(...) la ficción estructura nuestra realidad.

El trabajador social tiene la incansable tarea de intentar convertirse en uno con la ficción, lograr la falsedad como su estado más puro y sacro; poder ser esa persona que despliega su arsenal de maniobras dentro de un territorio y convence a sus otros pares dentro de la triada (Arias, 2020), que sus accionares son los más óptimos y certeros para cada caso individual, cuando en realidad puede que fueran totalmente iatrogénicos.

Ahora bien, si la ficción estructura la realidad, indudablemente se debe pensar en la fantasía. El escritor esloveno también dice que

...la fantasía parece entonces una respuesta al ‘Che vuoi?’, al insoportable enigma del deseo del Otro, de la falta en el Otro, pero es al mismo tiempo la fantasía la que, por así decirlo, proporciona las coordenadas de nuestro deseo (...) mediante la fantasía, aprendemos a ‘cómo desear’. (...) es el marco que coordina nuestro deseo, pero al mismo tiempo es una defensa contra el ‘Che vuoi?’, una pantalla que encubre la brecha, el abismo del deseo del Otro (Žižek, 2003:162).

¿Cuál es la fantasía del Trabajo Social? ¿A qué horizonte viable es el que debe apuntar? ¿Cuál es el deseo del Trabajo Social? Estas dudas arrojan a una pregunta descarnada: ¿existe realmente un deseo en el Trabajo Social o los profesionales son meros relevos catalizadores de la demanda del Gran Otro?⁷

El deseo de la profesión se estructura a partir del objeto *a* bajo la forma de un bienestar espectral: un resto que debe permanecer siempre inalcanzable para que la maquinaria institucional y profesional no se detenga. El Trabajo Social no busca la emancipación sino que se erige sobre la producción y reproducción de la falta. Esta búsqueda no refiere a aspiracionales intangibles sino a las prácticas materiales realmente existentes. La idea está estrictamente ligada al análisis de Michel Foucault (2002:230) sobre las sociedades disciplinarias:

Por detrás de los dispositivos disciplinarios se lee la obsesión de los “contagios”, de la peste, de las revueltas, de los crímenes, de la vagancia, de las deserciones, de los individuos que aparecen y desaparecen, viven y mueren en el desorden.

Gilles Deleuze y Félix Guattari (1974) proponen una distinción entre las catexis conscientes y las catexis inconscientes, subrayando la necesidad de identificar la brecha que suele operar entre ambas dimensiones. De acuerdo con su planteamiento, existe la posibilidad de que un sujeto, o grupo, sostenga una catexis consciente de carácter revolucionario alineada con discursos de emancipación y ruptura del orden establecido mientras que, simultáneamente, su catexis inconsciente se encuentre ligada a estructuras de deseo fascistas o conservadoras. Este fenómeno sugiere que el deseo puede quedar atrapado en lógicas de poder y represión, incluso cuando la voluntad política racional pretenda lo opuesto.

La ficción mencionada no es un error de lectura, es una ficción estructurante: la intervención puede ser iatrogénica al gestionar la miseria para que el sistema siga respirando, pretender como si se estuviera transformando de otra manera la realidad. Este *engaño de la transformación* es la ilusión autopoética de la miseria que lleva a cabo el profesional, permitiendo su complicidad con el orden vigente. El Trabajo Social no interviene sobre la crisis sino que es la forma en que el sistema capitalista administra el propio fracaso de la narrativa humanista para volverlo tolerable, transformando el abismo del deseo del Otro en un trámite administrativo.

Conclusiones

Finalmente, es necesario recurrir a Michel Foucault (2002: 36) para comprender la profundidad de este entramado a través de la microfísica del poder. El autor propone que

...el estudio de esta microfísica supone que el poder que en ella se ejerce no se conciba como una propiedad, sino como una estrategia, que sus efectos de dominación no sean atribuidos a una ‘apropiación’, sino a unas disposiciones, a unas maniobras, a unas tácticas, a unas técnicas, a unos funcionamientos.

Lo que se desprende de esta premisa es una conclusión ética: la persistencia de las problemáticas

⁷ El objeto de este análisis es el dispositivo del Trabajo Social, sin embargo, puede extrapolarse a otros dispositivos profesionales.

sociales no responde únicamente a una imposición jerárquica sino que se arraiga en la complejidad del ejercicio cotidiano del poder por parte de todos los individuos. En este sentido, la aparente incapacidad del Trabajo Social de erradicar la miseria y la pobreza inherentes al capitalismo no debe leerse como una omisión voluntaria sino como una limitación derivada de su propia materialidad histórica. Como producto particular de la fase fordista del capital, la profesión fue configurada para la gestión de las disfuncionalidades del sistema, no para su cuestionamiento o modificación estructural. Por consiguiente, más que exigir a la disciplina la construcción de un proyecto societal alternativo, tarea que pertenece propiamente a la esfera de la política y no a la técnica profesional, la pregunta urgente debe interrogar el marco del proyecto societal en el que se inscribe su práctica. La tendencia a privilegiar la gestión de la emergencia sobre los procesos de producción estructural no es, por tanto, una deficiencia técnica sino el reflejo de una identidad profesional constituida por y para la reproducción de la lógica capitalista, lo que dificulta la articulación de proyectos de largo alcance que trasciendan la inmediatez del conflicto.

Los trabajadores sociales son el rostro humano de un sistema del orden político que no tiene la suficiente capacidad ni sensibilidad para formular proyectos de cuidado hacia el conjunto de la población; son quienes traducen el hambre en un formulario y la exclusión en una estadística. El bagaje y las sofisticadas justificaciones teóricas para sus acciones les protege de la angustia de reconocer que su salario está firmado por la misma maquinaria que produce la falta que se intenta paliar. Indudablemente existe la tarea de replantear qué tipo de prácticas se están reproduciendo tanto en la academia, como en el campo.

Respecto al neoliberalismo como significante vacío, es de menester importancia remitir a Ferdinand De Saussure (1987) con su *Curso de lingüística general*. Un signo está compuesto tanto por un concepto como por una imagen acústica, o también llamados *significado* y *significante*. El *significado* refiere a la idea o representación mental que una persona posee, antecediendo al *significante*. Éste puede ser comprendido como aquella dimensión sensible o más perceptible del lenguaje; es la parte de la comunicación percibida en primer lugar (ya sea el sonido al oír una palabra o las letras al leer, etc.), que funciona como el vehículo por el cual las personas materializan un concepto. No es casualidad el vaciamiento del *significante* neoliberalismo. Para abordar esta problemática se debe de recuperar la noción de arbitrariedad del signo lingüístico. Siguiendo la tradición saussureana, se puede observar que la relación entre el *significado* y su *significante* no está dada por una lógica natural sino por una convención social. Esta convención intrínseca es la que permite que en el discurso político-académico actual, el término neoliberalismo funcione como un significante cuya carga semántica se ha vuelto multifacética, frágil.

En el ámbito educativo se observa que este significante ha sufrido un proceso de erosión por exceso de uso, se lo utiliza para denunciar múltiples malestares sin precisar sus coordenadas teóricas. Se produce entonces una paradoja: mientras más se invoca la palabra para señalar problemas reales, más se desdibuja su capacidad analítica y erosiona su capacidad para explicar las causas específicas de esos problemas, quedando reducida a una pura imagen acústica carente de densidad conceptual. El desafío para la academia es, por tanto, *repoblar* este significante, recuperando la precisión técnica para que la crítica no se disuelva en un eslogan vacío, en la pura imagen acústica.

Bibliografía

Althusser, L. (1974). *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*. Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires.

- Arias, A.J. (2020). El problema del triángulo. Trabajo Social e instituciones en una propuesta del CELATS. *Revista Escenarios*, 20(31), 1-7.
<https://revistas.unlp.edu.ar/escenarios/article/view/10037/8775>
- Boga, D. (2019). Delito Juvenil y Políticas Sociales: Notas en Torno a la Teoría del Capital Humano en Contextos de Encierro. *Asian Journal of Latin American Studies*. ISSN 1229-0998, Vol. 32 No. 1: 1-26. https://www.kci.go.kr/kciportal/landing/article.kci?arti_id=ART002443692
- (2021). *Políticas sociales y delito juvenil: alcances y límites del capital humano*. EUDEM, Mar del Plata. https://eudem.mdp.edu.ar/admin/img/ebook/Políticas%20Sociales%20y%20delito%20juvenil_DIGITAL.pdf
- Borón, A. (2019). *El hechicero de la tribu. Mario Vargas Llosa y el liberalismo en América Latina*. Ediciones Akal S. A. y Monte Ávila Editores Latinoamericana C. A
- Deleuze, G. & Guattari, F. (1974). *El Anti-Edipo: Capitalismo y esquizofrenia*. Barral Editores.
- de Saussure, F. (1987). *Curso de lingüística general*. Ed. Losada, Buenos Aires.
- Fisher, M., & Aguirre, P. (2016). *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?* Caja Negra.
- Foucault, M. (2002). *Vigilar y castigar: Nacimiento de la prisión* (A. Garzón del Camino, Trad., 28.ª ed.). Siglo XXI Editores.
- Han, B. C. (2024). *La sociedad del cansancio*: Cuarta Edición Especial. Herder editorial.
- Harvey, D. (2021). *Espacios del capitalismo global: Hacia una teoría del desarrollo geográfico desigual* (Vol. 120). Ed. Akal.
- Heram, Y. (2018). *La crítica de televisión en la prensa durante la formación de los multimedios: Modernización del medio, mutación del género e integración académica*. UBA Sociales y Teseo, Buenos Aires,
- Marx, K. & Engels, F. (2023). *Manifiesto comunista*. Ediciones Europa-América.
- Žižek, S. (2003). *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- (2008). *Cómo leer a Lacan* (Vol. 70). Grupo Planeta (GBS).